Forjando Patria

(PRO NACIONALISMO)

POR

MANUEL GAMIO

Presidente de la Delegación Mexicana en el II Congreso Científico Panamericano y en el XIX Congreso de Americanistas efectuados en Washington en 1915-16.
Inspector General de Monumentos Arqueológicos de la República.
Director de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas.
Profesor de Historia Patria en la Academia N. de Bellas Artes.

MÉXICO
LIBRERÍA DE PORRÚA HERMANOS
5ª del Reloj y 5ª de Donceles
1916

44692
22-5-46

Introducción

Este libro, no ensalza ni condena; no predica demagogia ni conservación; tampoco navega entre dos aguas; invita simplemente a buscar la verdad; intenta remover impulsos nacionalistas e ideas gestadoras de Patria.

Sus conceptos no han sido especialmente acomodados a las idiosincracias de la gleba, ni a la disciplina de castas intelectuales.

Este libro es colectivo, es libro para todos, porque está inspirado en la observación de las diversas clases sociales.

Sus páginas no huyen de la crítica, pues estando hechas de la carne y del alma

del pueblo, justo y útil será que la mente popular las critique a su sabor.

La personalidad del autor—sin manchas en el pasado que impongan temores al presente, ni pecados del presente que enturbien el futuro—es secundaria. Considéresele como deslustrada faceta que débilmente refleja aspectos nacionales y como sincero portavoz de necesidades y anhelos apenas expresados pero hondamente sentidos por la población.

EL AUTOR.

Forjando patria

En la gran forja de América, sobre el yunque gigantesco de los Andes, se han batido por centurias y centurias el bronce y el hierro de razas viriles.

Cuando al brazo moreno de los Atahualpas y los Moctezumas llegó la vez de mezclar y confundir pueblos, una liga milagrosa estaba consumándose: la misma sangre hinchaba las venas de los americanos y por iguales senderos discurría su intelectualidad. Había pequeñas patrias: la Azteca, la Maya-Kiché, la Incásica.... que quizá más tarde se habrían agrupado y fundido hasta encarnar grandes patrias indígenas, como lo eran en la misma época la patria China o la Nipona. No pudo ser así. Al llegar con Colón otros hombres, otra sangre y otras ideas, se volcó trágicamente el crisol que unificaba la raza y cayó en pedazos el molde donde se hacía la Nacionalidad y cristalizaba la Patria.

Durante los siglos coloniales llamearon también las fraguas gestadoras de nobles impulsos nacionalistas, sólo que los Pizarro y los Ávila pretendieron cincelar entonces patrias incompletas, ya que nada más se valían del acero de la raza latina, dejando apartado en la escoria el duro bronce indígena.

Más tarde, al alborear el más brillante de los siglos pretéritos, varones olímpicos empuñaron el mazo épico y sonoro y vistieron mandil glorioso. Eran Bolívar, Morelos, Hidalgo, San Martín, Sucre..... Iban a escalar la montaña, a golpear el yunque divino, a forjar con sangre y pólvora, con músculos e ideas, con esperanzas y desencantos, una peregrina estatua hecha de todos los metales, que serían todas las razas de América. Por varios

lustros se escuchó martilleo fragoroso que hacía retemblar altas sierras, agitarse frondas vírgenes y lucir crepúsculos siempre rojos, como si la sangre salpicara hacia lo alto. En Panamá, donde se besan mares y continentes, llegó a vislumbrarse entre resplandores de epopeya una maravillosa imagen apenas esfumada de la gran Patria Americana, única y grande, serena y majestuosa, como la cordillera andina.

Todavía no era tiempo. El milagro se deshizo. Aquella sublime visión de patria fué perdiéndose como las brumas del océano o las neblinas de la sierra. Pasaron a vida mejor aquellos varones que hoy se antojan semi-dioses homéricos.

Más tarde, durante la vida independiente de esos países, se cambió de idea: ya no se iba a modelar una sola gigantesca patria, que cincelaran a una todos los hombres del Continente, sino mirando a la tradición se formarían patrias poderosas que correspondieran a las divisiones políticas coloniales. Desgraciadamente la tarea no fué bien comprendida; se pretendió esculpir la estatua de aquellas patrias

con elementos raciales de origen latino y se dió al olvido, peligroso olvido, a la raza indígena o a título de merced se construyó con ella humilde pedestal broncíneo, sucediendo a la postre lo que tenía que suceder: la estatua, inconsistente y frágil, cayó repetidas veces, mientras el pedestal crecía. Y esa pugna que por crear patria y nacionalidad se ha sostenido por más de un siglo, constituye en el fondo la explicación capital de nuestras contiendas civiles.

Toca hoy a los revolucionarios de México empuñar el mazo y ceñir el mandil del forjador para hacer que surja del yunque milagroso la nueva patria hecha de hierro y de bronce confundidos.

Ahí está el hierro. . . . . Ahí está el bronce . . . . ¡Batid hermanos!

Aspectos de la historia

Valores de la historia.—En nuestro parecer la Historia posee dos valores: el especulativo y el trascendente. En efecto, la Historia es, en general, el conjunto de informaciones relativas a la naturaleza, origen, carácter, evolución y tendencias de las civilizaciones del pasado. Cuando estas informaciones existen en las bibliotecas o en la mente de los hombres estática y pasivamente, el valor de la historia es especulativo. En cambio, la historia ofrece valor trascendente, si la consideramos como un copioso índice, como fuente inagotable de experiencias por medio de las cuales la humanidad ha alcanzado sus diversas etapas de florecimiento y decadencia y sobre todo, si utilizamos esas experiencias para acrecentar el bienestar de las civilizaciones contemporáneas. En efecto, la atinada observación y progresiva aplicación de esas experiencias, perfecciona e

imprime continuada marcha ascendente a las manifestaciones y conocimientos humanos, como sucede con el conocimiento científico que cada día es más extenso y mejor fundado. Naturalmente, no puede generalizarse a este respecto, pues hay manifestaciones en las que la evolución no ha sido exclusivamente ascendente, no obstante la influencia de las respectivas experiencias históricas, por ejemplo: el Arte y la Moral de los pueblos, florecen y decaen sucesivamente, no bastando a impedirlo toda la experiencia del pasado.

Aquellas experiencias constituyen por sí mismas a la historia, pero permanecen mudas, invisibles, si no atinamos a distinguirlas, clasificarlas y exponerlas. Son como el oxígeno del aire o como los astros de séptima magnitud, que sabemos que existen pero no podemos hacer práctico nuestro conocimiento si ignoramos los medios de distinguirlos, de aislarlos y caracterizarlos. Es, pues, indispensable saber observar, fijar y exponer las manifestaciones materiales e intelectuales que en conjunto forman la historia de los pueblos.

En este artículo de simple vulgarización sería cansado para el lector y difícil para el autor, abordar los aspectos todos que entraña la realización de tan ardua tarea, así que sólo nos referiremos a tres de los más importantes que ofrece nuestra historia.

El Aspecto Crítico.

¿Qué límites cronológicos y geográficos corres-

ponden a nuestra historia; qué puesto ocupa y qué función desempeña con relación a los demás conocimientos?

Estas cuestiones no han sido resueltas en México y aunque no abrigamos la vanidad de pretender resolverlas satisfactoriamente, nos asiste, como a cualquiera, legítimo derecho de exponer lo que pensamos sobre el particular, a reserva de acatar por anticipado las rectificaciones y censuras que justificadamente se nos hagan.

Límites cronológicos.—La historia de México presenta en sus orígenes, puntos de partida más o menos alejados del presente, según sea anterior o posterior la adquisición que hayamos hecho de conocimientos relativos a los antecedentes de las agrupaciones sociales que han integrado e integran nuestro país. Hay puntos de partida de nuestra historia que se remontan a decenas de siglos y hay otros que sólo están alejados algunos lustros o que aun no aparecen en la perspectiva histórica. Por ejemplo, la cronografía maya ha llegado a ser en la actualidad un conocimiento de estricto carácter histórico cuyo punto de partida se remonta a muchas centurias. Los antecedentes de la familia azteca de Tenoxtitlán comienzan a tener carácter histórico durante el siglo XIV, según lo atestiguan los manuscritos jeroglíficos, la arquitectura, la escultura y las explicaciones que a raíz de la Conquista suministraron sobre estos monumentos, indígenas contemporáneos. En cambio, hay agrupaciones indígenas como los Lacandones de Chiapas y los Huicho-

les de Tepic y Jalisco que hasta el siglo pasado empezaron a ser conocidos históricamente; por último, existen todavía agrupaciones mayas en el Petén mexicano que son desconocidas desde cualquier punto de vista, no sólo desde el histórico.

No comienza pues nuestra historia desde que los conquistadores hispanos aparecieron en playas mexicanas, según se ha proclamado hasta hoy, sino en distintas épocas anteriores y posteriores a la fecha de tal acontecimiento (1).

Límites geográficos.—La historia de México debe comprender directamente el estudio de los antecedentes de las agrupaciones sociales que constituyen y constituyeron a la población del territorio mexicano e indirectamente el de los pueblos extraños que han influído en nuestro modo de ser o han sido influenciados por nosotros. Directamente hay que considerar a la población de nuestro actual territorio; a la de Centro América hasta Panamá (Chiriquí) que es a donde llegó nuestra influencia precolombina, y a la del territorio norteamericano que antes fué mexicano. Indirectamente debe tenerse en cuenta el pasado histórico de España, Repúblicas Sudamericanas, Estados Unidos y Francia, pues son naciones que ejercieron importante influencia en nuestra vida pretérita. Habrá además que conocer la historia de los demás países en general, pues

(1) Como dijimos en el artículo correspondiente a Arqueología, consideraciones más serias y no de índole vulgarizadora como es la de este libro, se expusieron en la sesión de aniversario de la Academia Mexicana de la Historia.

remota o cercanamente todos los pueblos se han influenciado entre sí.

Límites específicos.—Muchos tomos en gran folio se han escrito; sendas discusiones bizantinas se emprendieron; se desgranó la elocuencia de brillantes discursos y..... aun no se consigue determinar satisfactoriamente el puesto que corresponde a la historia en las clasificaciones científicas, ni por lo tanto qué conocimientos están dentro de su concepto, ni cuáles excluye. No contribuiremos con una línea a esa pugna de sutilezas. Por nuestra parte creemos que todo lo que ha existido, tangible o intangible, en el mundo material o en el intelectual es «historiable». Lo importante es elegir en el mundo ilimitado de lo historiable, lo que nos conviene para determinado fin e historiarlo sensatamente. Si, por ejemplo, somos comerciantes en cereales alcanzaremos mejor éxito si historiamos lo referente a esa actividad, pues entonces podremos conocer el por qué del éxito o del desastre de quienes nos han precedido en esa ocupación. Este ejemplo, que parece que está fuera de lugar, está muy dentro de él, bastando saber, para convencerse de ello, que varios de los notables éxitos agrícolas, industriales, etc., etc., de la Alemania moderna y de otras naciones, se deben en buena parte al extenso e intenso acopio de antecedentes *históricos* hechos sobre cada una de esas actividades.

Proponemos, pues, que en las cátedras no se limite artificialmente el concepto y el campo de la historia, ni se le adosen empíricas clasificaciones

memorísticas, que si al especialista ofrecen escasa utilidad, deprimen la mente estudiantil. ¿No vemos a algunos de nuestros historiadores de poleadas exponer y confundir diariamente los términos: historia, prehistoria, arqueología? ¿No brotan de labios que parecen autorizados expresiones como ésta: «filosofía de la historia», con igual propiedad que si a cualquier hijo de vecino se le ocurre decir «química de la historia» u «obstetricia de la historia», en vez de historia de la filosofía, de la química, de la obstetricia. . . . ?

Criterio integral.—Nuestra historia, que debiera ser la integración de informaciones verídicas, relativas a todos los aspectos de toda la población mexicana, en todas sus etapas evolutivas pretéritas, no es hasta hoy más que una recopilación incompleta de informaciones verídicas en veces y en otras dudosas, sobre algunos aspectos, de algunas agrupaciones mexicanas, en algunas de sus etapas evolutivas.

Prejuicios corrientes.—Preferentemente se considera el pasado de las clases sociales de civilización derivada de la europea, como si no fuera de capital importancia el de la clase indígena, que es base de la población. Se emprende escasa investigación histórica original, repitiéndose cansadamente lo que han expuesto los investigadores primitivos o fundamentales. Se ha sido personalista en vez de generalizar la observación: presidentes, emperadores, arzobispos, magnates, unidades sociales en fin, atrajeron la atención casi exclusiva del historiador

y en cambio en las multitudes, cuyas acciones y reacciones son de prima importancia para el conocimiento del desarrollo de los fenómenos sociológicos, apenas se hizo hincapié. Hubo preferencias específicas: las órdenes religiosas, las políticas, las militares, fueron descritas y comentadas sus respectivas actividades, en tanto que ignoramos la historia de nuestras artes plásticas y de nuestros artistas, de las industrias y de los industriales, del comercio y de los comerciantes, de la agricultura y de los agricultores. Se ha incurrido con frecuencia en parcialidad, es decir, se ha intentado hacer obra histórica con criterio religioso, con criterio político, etc., etc., con lo que, claro es, se desnaturaliza el carácter de cualquier investigación; puede hacerse historia de la política, de la religion, de lo que se quiera, pero con un sólo criterio, que siempre debe ser el criterio de la verdad.

El Bello Aspecto.

Hay un aspecto de la Historia puramente descriptivo y encaminado a instruir agradable aunque superficialmente al lector, quedando relegada a otros aspectos la consideración de inquisiciones críticas, métodos apropiados y acertados puntos de vista.

Mostremos un ensayo sobre ese aspecto de nuestra historia, sin pretender que se le atribuya valor literario, de que anticipadamente advertimos carece.

México, con más títulos que cualquier otro país

de América, ostenta un pasado grandioso que no sólo es de atractivo para el hombre de estudio, sino para cualquiera que ame el ambiente de misteriosa belleza en donde viven las cosas que ya pasaron.

La tradición indígena, realista, vigorosa y pintoresca, nos deja mirar cómo era y cómo pasaba la vida de los mexicanos antes que llegara la Conquista: artes originales y novísimas para nuestro criterio estético. Industria ingeniosa de múltiples manifestaciones. Organización social complexa, fuerte y sabia. Rituales extraños en los que sangre fresca, «copalli» cristalino y goma ennegrecida, constituían la más devota ofrenda; panteón ilimitado, donde tuvieron cabida desde el dios generador de la existencia hasta los cuatrocientos dioses del vino y de la embriaguez. Instituciones militares que pusieron asombro en los capitanes hispanos . . . . .

Estas y otras manifestaciones reviven a nuestros ojos a la raza vencida; percibimos el ambiente de gloria en que se hizo grande, la miramos de relieve, palpamos casi, su carne cobriza, oímos su alarido bélico, sentimos el pavor y la admiración que llevaban consigo los guerreros de Cortés cuando en la «noche triste» hallaron medida a la pujanza de ese pueblo que sabía perder la vida como arrancarla. Asistiremos también a la imponente agonía de esos hombres que resistieron el histórico sitio de varios meses durante los cuales la miseria fué tal que se devoraban los insectos del lago, las culebras y hasta los cadáveres de los que murieron por hambre

y enfermedad (1). Después sobrevino lo inevitable: la rendición; y el cuadro es de tal relieve que parece que lo vemos: las deidades ruedan desde lo alto del templo despostillando los angostos escalones rituales; el humo sagrado de los braseros policromos no se tuerce ya en volutas caprichosas. El templo está vacío; sólo se divisa una cruz por cima de todo y a lo lejos, por canales y calzadas, reflejos como de incendios que envían las armaduras de los vencedores. Mucha sangre enrojece, como un manto real, a la ciudad que agoniza.

Entonces, Cortés, el invicto guerrero que también es administrador y estadista, continúa conquistando, coloniza, construye, legisla; lanza las primeras semillas de cultura europea en surcos americanos y en cambio arroja raudales de oro americano en arcones de Castilla.

Más tarde, aparecen las audiencias, en las que, más que otra cosa, se acusa, se intriga, se infama, por tal de alcanzar éste o aquel beneficio, sin parar mientes jamás, en que el triunfador recoge el botín de entre un lago de sangre, que a la postre siempre es sangre indígena; por fortuna, a la par que humillaciones y heridas, reciben los aborígenes el consuelo muy grande que les imparten los misioneros. Para entonces ya se nota la fusión que empieza. Hay mezcla de sangre, de ideas, de industrias, de virtudes y de vicios: el tipo mestizo aparece con prístina pureza pues constituye el primer armonio-

(1) Sólo de Tenoxtitlán, México, 1521.

so producto donde contrastan los caracteres raciales que lo originan, siendo de verse doncellas núbiles de grandes ojos negros, blanquísimos dientes apretados y manos y pies diminutos, que pregonan abolengo indiano, mientras la undosa cabellera castaña y la tez apiñonada que cubre pelusilla de oro, son el clamor de la sangre de España. La arquitectura impuesta es arábigo-española, pero en su ejecución resulta irremisiblemente influenciada por la técnica del obrero indígena en cuya mente todavía viven los contornos y lineamientos de los teocallis y la rica ornamentación de sus palacios, de sus joyas, de sus telas: las flores que se prodigan en la ornamentación mudéjar son representadas por el típico xóchitl o flor que aparecía en los relieves y pinturas del arte pagano; los festones de acanto y laurel esculpidos en las jambas de las puertas resultan, si se les examina detenidamente, guías de plumas superpuestas idénticas a las que adornaban a la imagen de Quetzalcoatl, la mítica «serpiente de plumas preciosas.» El Cristianismo predicado a ruegos y súplicas por los misioneros, y a tajos y mandobles por la soldadesca, todavía nos es comprendido por los catecúmenos; la madre de Dios inspira a los nativos amor y respeto porque miran en ella a su diosa de las cosechas, a su diosa de las aguas, a su diosa de los amores; es la misma Tonatzin que ha cambiado de vestiduras rituales.

Los virreyes, representantes absolutos de su Majestad Católica, se presentan en el escenario que dos océanos limitan; hay un Mendoza que es enér-

gico, pero justiciero y realmente cristiano; un Velasco que irrita a los peninsulares por el amor que otorga a los parias sojuzgados, quienes le llaman «Padre de los indios». Hay muchos de altísimas y preclaras virtudes; hay empero muchos más que son incoloros, indolentes, egoístas; que no saben o no quieren saber dónde está el oprimido y dónde el opresor. Hay, por último, un puñado de ellos cuya obra siniestra todavía parece roja por la sangre que destila. Esta época es de leyendas caballerescas, de crímenes que encubre el misterio, de misticismo exagerado, de enriquecimientos súbitos, de florecimiento artístico. . . Surge la nobleza criolla, nobleza que es de sangre en veces, pero las más de fortuna, la cual adula al español, tolera apenas al mestizo y casi no sabe que existe el indio si no es para labrarle sus tierras y excavar en sus minas. Los conventos se cuentan por centenares y la vista tropieza de continuo con hábitos azules, blancos, negros. La Santa Inquisición afila siempre sus garras y de noche o de día las clava en viejas carnes flácidas, en turgentes y sonrosadas donde la vida palpita tumultuosa o en blandas y mustias, apenas aún al grito de la pubertad. En cada esquina hay agonizantes farolillos que no alcanzan a iluminar el nicho de algún santo milagroso ni menos los rostros de la gentuza que en mitad del arroyo riñe o desbalija a algún viandante. Las fortunas son fabulosas: vajillas de oro para los grandes días y de plata las ordinarias; profusión de sedas, joyas, perfumes y vinos preciosos, que vienen de Europa, de China, del Ja-

pón, de la India. . . . La devoción, el arte y la vanidad construyen con encaje de oro, piedra y mármoles, palacios suntuosos que harían buen papel en la capital del reino y riquísimas catedrales que nunca se llenaban de fieles por lo espaciosas que eran . . . . .

Luego de toda esa larga vida nacional, llega la Independencia con sus ampos de luz y sus torrentes de sangre; todo cambia, se transforma, se aniquila, pero a la vez todo renace, surge, evoluciona y se eleva. Se diría una hoguera donde viejas joyas que deslustraron los siglos y mancharon muchas manos, fueron depuradas hasta hacer de ellas un chorro brillante de oro purísimo con que hacer nuevas formas.

La primera mitad del siglo XIX no fué para México la era prometida, el período de cristalización y fortalecimiento que anhelaban y pensaron los heroicos independentistas. Lágrimas, dolor y sangre, siguieron brotando por doquier, no obstante que el ideal glorioso de emancipación era ya realidad tangible. Nadie sabía dónde quedaba la Patria. Se peleaba por vivir y se vivía para pelear. Insana desorientación hizo presa de todas las almas. Medio territorio que se perdía para siempre, costó menos sangre mexicana que la vertida en cualquiera de las guerras civiles. Los airados gritos de agonía de Chapultepec y Molino del Rey, proclamaron empero que aun no expiraba el honor nacional.

Tras ese drama, que el más hondo de los dramas patrios, siguió corriendo sangre como precio de

luces libertadoras que venían a desgarrar las tinieblas de muchos años pasados. La Reforma y la Constitución de 57 parecieron dos antorchas que iban a iluminar para siempre el camino de la Patria.

Desgraciadamente, volvió a obscurecerse el horizonte nacional y se adormecieron impulsos nobles apenas iniciados. Era que brillantes vestiduras ocultaban el reverdecimiento de llagas y cánceres.

Entonces estalló la revolución de 1910 que como segunda Independencia vino a derribar estructuras viciosas, sólo que en esta vez la piqueta demolió más alto y cavó más hondo. La revolución aun no termina en todos sus aspectos. Hay pues que limitarse a observar y a recopilar lo que puede llamarse «material histórico palpitante», pues no son otra cosa las informaciones que se basan, no en documentos más o menos fidedignos, sino en observación directa, experimental, de la existencia que se vive. Después se formará la historia de la Revolución.

El Aspecto Objetivo.

Si se pregunta a un ciego qué concepto se ha formado del mundo en que vive, su opinión diferirá grandemente de la que tiene un hombre que ha mirado siempre lo que le rodea. Dirá que la emoción estética producida por la música es en él más honda; que estas ideas morales son más elevadas que aquéllas; que la suavidad de algunos cuerpos es grata a su tacto, mientras que la aspereza de otros

le es repulsiva; hallará delicioso un manjar o bien detestable. En cambio desconoce las bellezas de la materia: para él no hay cielo azul, ni océano tumultuoso, ni montañas agrestes; no podrá conmoverse ante los gestos de dolor, de alegría, de cólera, que se miran en los rostros de los hombres. Su concepto es incompleto, su vida está fraccionada, es media vida.

Pues bien, desde el punto de vista histórico, vivimos en un mundo de tinieblas, casi no percibimos la pintoresca vida del pasado, nuestro concepto es incompleto y pobre.

La evocación de cualquier etapa de la historia resulta pálida, incolora, inexpresiva, porque si bien podemos reproducir fielmente el aspecto abstracto, ideal, de ese período, nos es imposible contemplar su aspecto material. Por ejemplo, elijamos los tiempos de Moctezuma II: Valiéndonos de las crónicas y de los manuscritos indígenas, nos será posible conocer las ideas políticas de la época, las míticas, las morales, las estéticas y aun las distintas instituciones de carácter religioso, civil, militar y político, etc., etc. Ese es el ambiente abstracto de la época y eso es lo que aprendemos en la escuela para olvidarlo al abandonar ésta. Sí, en cambio, reconstruimos por todos los medios—fotografía, pintura, escultura, arquitectura, objetos auténticos, etc., etc.—modelos típicos de templos y palacios propiamente decorados; indumentaria pintoresca de monarcas, nobles señores, sacerdotes, guerreros, industriales y esclavos; utensilios domésticos y rituales; escenas

y ceremonias, etc., etc..... Si contemplamos todo ésto en su representación material y conocemos además las ideas que presidieron a su creación y producción, nuestro conocimiento será completo, el concepto legítimo y las emociones que la belleza de ese período histórico despierta en nosotros, vigorosas y naturalmente originadas y nó artificiales y débiles como sucedería si sólo conociéramos el aspecto teórico o abstracto. Y lo que hemos apuntado sobre etapas de la vida precolombina mexicana puede también decirse de la Colonial y de la contemporánea a la Independencia.

¿Qué puede hacerse en pro del objetivismo histórico?

Desde luego hay que fomentar la ampliación de los museos existentes y crear otros, implantando en ambos métodos expositivos eficientes, clasificaciones descriptivas adecuadas y guías o catálogos de utilidad práctica.

Además, capítulo de alta importancia, hay que empezar a escribir historia objetiva, hay que emborronar menos cuartillas e incluir más ilustraciones y sobre todo, debe hacerse concordar lo que se escriba con lo que relativo a la época descrita exista en los museos o en otros lugares: objetos diversos, indumentaria, arquitectura, escultura, etc., etc.